

# AVISOS



## Romería

La Romería a la Ermita de la Virgen del Retamar será el lunes 2 de

Mayo.

- A las 11:30 h saldrá de la Iglesia.
- A las 13:00, la Santa Misa, seguida de la Ofrenda floral.
- A las 19:00 el rezo del Santo Rosario.



## Hace seis años, de rodillas ante el lecho de muerte de Juan Pablo II

Por el ceremoniero pontificio Konrad Krajewski

**A**ntes de comenzar las exequias, monseñor Dziwisz y monseñor Marini cubrieron el rostro del Papa con un paño de seda, un símbolo de muy profundo significado: toda su vida estuvo cubierta y escondida en Dios. Mientras realizaban este gesto, estaba junto al ataúd y tenía en la mano el Evangelio, otro signo fuerte. Juan Pablo II no se avergonzaba del Evangelio. Vivía según el Evangelio. Resolvía según el Evangelio todos los problemas del mundo y de la Iglesia. Según el Evangelio construyó toda su vida interior y exterior.

El misterio de Juan Pablo II, es decir, su belleza, se expresa muy bien a través de la oración del Papa Clemente XI que se encontraba en los antiguos brevianos: "Quiero todo lo que Tú quieres, lo quiero porque Tú lo quieres, lo quiero cómo y cuándo Tú lo quieres". Quien pronuncia estas palabras con el corazón se vuelve como Jesús que, humilde, se esconde en la hostia y se ofrece para ser consumado. Quien hace propias estas palabras comienza a vivir con el espíritu de adoración del Santísimo Sacramento.

Siguiendo al Pontífice en los viajes apostólicos, durantes los largos vuelos, me preguntaba a menudo: ¿dónde está el centro del mundo?

Tece días después de su elección, con algunos de sus colaboradores, el Papa se dirigió cerca de Roma a la Mentorella, donde está el santuario de la Madre de las Gracias. Preguntó a sus compañeros de viaje: "¿Qué es más importante para el Papa en su vida, en su trabajo?". Le sugirieron: "¿Tal vez la unidad de los cristianos, la paz en Oriente Medio, la destrucción de la cortina de hierro...?". Pero él respondió: "Para el Papa lo más importante es la oración".

En mi país existe este dicho: "El rey está desnudo frente a los ojos de sus siervos". Cuanto más comenzamos a conocer a Juan Pablo II, tanto más estábamos convencidos de su santidad; la veíamos en cada momento de su vida. Él no oscurcía a Dios. Si quisiera indicar lo más importante para la vida sacerdotal y para cada uno de nosotros, mirándolo a él podría decir: no cubrir ni ofuscar a Dios con uno mismo sino,

## De Intereses

al contrario, mostrarlo y convertirse en el signo visible de su presencia. A Dios nadie lo ha visto, pero Juan Pablo II lo hizo visible a través de su vida.

Cuando rezaba, tuve la impresión de que se echaba a los pies de Jesús. Cuando rezaba, sobre su rostro era visible la entrega total a Dios. Era realmente transparente: era, por usar una imagen poética, como el arco iris que une el cielo con la tierra, y su alma corría por las escaleras de la tierra al cielo. Vuelvo ahora a la pregunta: "¿Dónde está el centro del mundo?".

Poco a poco comencé a darme cuenta de que el centro del mundo estaba siempre donde yo me encontraba con el Papa: no porque estaba con Juan Pablo II sino porque él, en cualquier lugar que se encontrase, rezaba. Entendí que el centro del mundo está donde yo rezo, donde yo estoy junto a Dios, en la más íntima unión que existe: la oración. Estoy en el centro del mundo cuando camino en la presencia de Dios, cuando "en él vivo, me nuevo y existo" (cf. Hechos de los Apóstoles 17, 28). Cuando celebro o participo en la Eucaristía estoy en el centro del mundo; cuando confieso y cuando me confieso, en el confesionario está el centro del mundo; el lugar y el tiempo de mi oración constituyen el centro del mundo porque, cuando rezo, Dios respira dentro de mí. El Papa permitió a Dios respirar a través de él; cada día pasaba mucho tiempo frente al tabernáculo. El Santísimo Sacramento era el sol que iluminaba su vida. Y él, frente a aquel sol, iba a calentarse con la luz de Dios. La vida de Juan Pablo II estaba entrelazada de oración. Tenía siempre entre los dedos la coronilla del rosario, con la cual se dirigía a María confirmando su Totus tuus. [...]

No me extraña que el Papa sea beatificado en el domingo de la Divina Misericordia, si bien es una sorpresa de la Providencia el hecho de que este año coincida con el 1º de mayo. De este modo, aquel día se hablará principalmente de santidad. Benedicto XVI y Juan Pablo II transformarían aquella ocasión en un evento religioso inédito en la historia: una procesión de mayo hacia la santidad y la oración.

La voz de la parroquia

# San Miguel Arcángel



Dichosos los que crean sin haber visto

**J**esús ha resucitado. Los Evangelios que la liturgia nos ha ido presentando esta semana nos han relatado los acontecimientos que se sucedieron a partir del "día primero de la semana" (Juan 20, 1). Este primer día de la semana es el día que sigue al sábado, que aquel año coincidió con el día de la Pascua, es decir, el día que pronto los cristianos comenzaron a llamar domingo (*dies dominica*: día del Señor). Este día primero de la semana, de Pascua de resurrección, en el que los cristianos celebran la Pascua del Señor, es también la preparación y el anuncio de la segunda venida del Señor al fin de los tiempos: "Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga" (I Corintios 11, 26). La Eucaristía que celebramos el día del Señor es la preparación del gran Día del Señor, el de su venida en la gloria, al fin de los tiempos.

Juan, el evangelista, testigo de lo que sucedió en aquellos días, nos lo relata en los capítulos 20 y 21 de su Evangelio. De hecho, este evangelio termina con una declaración solemne de la verdad del testimonio de Juan: "Este es el discípulo que da testimonio de esto, que lo escribió, y (dice algún discípulo de Juan que vuelve a redactario) sabemos que su testimonio es verdadero" (Juan 21, 24). Comienza Juan su relato con la visita temprana de María Magdalena al sepulcro, acompañada, sin duda, por al menos "la otra María (la de Santiago y Salomé)" (Mateo 28, 1 y Marcos 16, 1-2): "María Magdalena vino muy de madrugada, cuando aún era de noche, al monumento, y vio quitada la piedra del monumento". Se les hizo demasiado larga la espera a las mujeres. Toda la jornada del día de la Pascua judía sin poder hacer nada. Seguro que aquella noche no pegaron ojo, inquietas por visitar el sepulcro donde habían depositado al Señor. "Corrió y vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba (Juan), y les dijo: Han tomado al Señor del monumento y no sabemos donde le han puesto". Pedro y Juan corrieron para comprobar si era cierto lo que les habían dicho las mujeres. Vieron y creyeron, "porque aún no se habían dado cuenta de la Escritura, según la cual era preciso que El resucitase de entre los muertos". Y "se fueron de nuevo a casa". María se quedó junto al monumento, llorando. Aún no pensaba en que había resucitado. Cuando dos ángeles vestidos de blanco le preguntan por la razón de su llanto, ella les contesta: "Porque han tomado a mi Señor y no sé dónde le han puesto". Entonces ella se da la vuelta "y vio a Jesús que estaba allí, pero no reconoció que fuese Jesús". Pensó que era el hortelano. Le preguntó si se lo había llevado a otro sitio.

Entonces Jesús la llamó por su nombre: María. Ella entonces le reconoció y "le dijo en hebreo: *Rabboni*, que quiere decir Maestro". ¡Cuántos comentarios podríamos hacer a este sencillo relato! Las mujeres son las primeras en ir al sepulcro. Luego van Pedro y Juan, ¿Porque les llamaron? ¿Hubieran ido si no les hubieran llamado las mujeres? Vieron y creyeron. Pero se volvieron a casa. María Magdalena se queda, llorando. Todavía tampoco ella piensa en la resurrección. Sólo quiere saber dónde está el cadáver. Ve a Jesús, pero no le reconoce. Ella que le había visto infinitas veces, que había formado parte del séquito de mujeres que acompañaba a Jesús, que asistió a su crucifixión y sepultura. Le ve, pero no le reconoce. ¿Tanto había cambiado en tres días? Hizo falta que la llamara por su nombre, con la entonación especial que, sin duda, tenía la voz de Jesús, para que le reconociera. Es que, el Jesús resucitado se presenta con un cuerpo nuevo, el cuerpo resucitado, que es y no es el mismo cuerpo que tenía en su existencia terrestre. Es Jesús, pero, a primera vista, no se le reconoce. Es Él, pero María piensa que es el hortelano. Jesús resucita con el mismo cuerpo que tenía en su existencia terrestre, pero su cuerpo glorioso tiene algo que necesita de un toque especial para que los que lo ven caigan en la cuenta de que es Él. Así ocurrió en las demás apariciones.

Una constante en estas apariciones es que nadie creía el testimonio de los que decían haber visto a Jesús resucitado. Marcos (16, 9-15) enumera los testimonios de María Magdalena ("no la creyeron"), de los dos que lo vieron ("ni aún a estos creyeron"). En el evangelio de hoy (Juan 20, 19-31), Jesús se muestra a los discípulos, "al amanecer de aquel día, el primero de la semana", y sabiendo que no lo iban a reconocer a primera vista, les saluda con el "Shalom" tradicional y les enseña las manos y el costado. Entonces ellos lo reconocen. Pero faltaba uno de los discípulos, Tomás, el mellizo. Y éste, como lo habían hecho los demás con los testigos anteriores, tampoco cree. ¡Venga, tíos, ya os han comido el coco a todos! ¡Historia colectiva!... Y Jesús, ocho días después, personalmente le convence de su resurrección. Y sólo entonces Tomás cree. Jesús le dice: "No seas incrédulo, sino fiel... Porque me has visto, has creído; dichosos los que crean sin haber visto". Ahí entramos nosotros. Los discípulos no fueron crédulos. Les parecía imposible que Jesús hubiera resucitado, a pesar de las veces que se lo había anunciado. A nosotros Jesús nos invita a crear en el testimonio de los Apóstoles, de los Doce, y de los que continúan su labor hoy en día. Dichosos (esos somos nosotros) los que crean sin haber visto.

año XVI · número 855 · 1/5/2011  
Domingo II de Pascua

¡VENGA, TÍOS, YA OS HAN COMIDO EL COCO A TODOS! ¡HISTERIA COLECTIVA!



Vicarios parroquiales: D. Jesús M<sup>o</sup> Silva Castignani y D. Ramón Díaz Guardamino; Adscritos: D. Pedro Gil Garbiso y D. Mariano Vázquez Palencia.

**Parroco:** D. Jesús González Alamyán  
**www.arenalmadríd.es/sanmiguelrozas**  
**C/ Gándalo Vicente, 5**  
**28230 Las Rozas (Madrid)**  
**Teléfono: 91 637 75 84**  
**sanmiguelrozas@gmail.com**

# Palabra de Dios



## Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles. *2, 42-47.*

Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones.

Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que los apóstoles hacían en Jerusalén. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y, bienes, y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.

A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos, alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo, y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando.

Palabra de Dios

**Salmo responsorial.** *Sal 117, 2-4. 13-15. 22-24.*

**DAD GRACIAS AL SEÑOR PORQUE ES BUENO, PORQUE ES ETERNA SU MISERICORDIA**

## Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Juan. *20, 19-31.*

Al anocheecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

–«Paz a vosotros.» Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.»

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

–«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «¿Hemos visto al Señor?»

Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. »

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros.»

Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.»

Contestó Tomás: «¿Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.»

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis Y da en su nombre.

## Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro. *1, 3-9.*

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, impercedera, que os está reservada en el cielo. La fuerza de Dios os custodiaba en la fe para la salvación que aguarda a manifestarse en el momento final.

Alegraos de ello, aunque de momento tendáis que sufrir un poco, en pruebas diversas: así la comprobación de vuestra fe -de más precio que el oro, que, aunque perecedero, lo aquilatan a fuego- llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo.

No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación.

Palabra de Dios

## Hace seis años, de rodillas ante el lecho de muerte de Juan Pablo II Por el ceremoniero pontificio Konrad Krajewski

Estábamos de rodillas en torno al lecho de Juan Pablo II. El Papa yacía en penumbra. La suave luz de la lámpara iluminaba la pared pero él era bien visible. Cuando llegó la hora de la que, pocos instantes después, todo el mundo habría sabido, de improviso el arzobispo Dziwisz se levantó. Encendió la luz de la habitación, interrumpiendo así el silencio de la muerte de Juan Pablo II. Con voz conmovida, pero sorprendentemente firme, con el típico acento de montaña, alargando una de las sílabas, comenzó a cantar: "A Ti, oh Dios, te

alabamos, a Ti, Señor, te confesamos". Parecía un tono proveniente del cielo. Todos mirábamos maravillados a monseñor Stanislaw [su secretario personal nde.]. Pero la luz encendida y el canto de las palabras que seguían - "A Ti, eterno Padre, toda la tierra te venera..." - daban certeza a cada uno de nosotros. He aquí - pensábamos - que nos encontramos en una realidad totalmente diversa. Juan Pablo II ha muerto; quiere decir que él vive para siempre. Aunque el corazón sollozaba y el llanto estrechaba la garganta; comenzamos a cantar. Ante cada palabra nuestra voz se volvía más segura y más fuerte. El canto proclamaba: "Vencedor de la muerte, has abierto a los creyentes el reino de los cielos".

Así, con el himno del Te Deum, glorificamos a Dios, bien visible y reconocible en la persona del Papa. En cierto sentido, esta es también la experiencia de todos aquellos que lo encontraron en el curso de su pontificado. Quien entraba en contacto con Juan Pablo II, encontraba a Jesús, a quien el Papa representaba con todo de sí mismo. Con la palabra, el silencio, los gestos, el modo de orar, el modo de entrar en el espacio litúrgico, el recogimiento en santidad: con todo su modo de ser. Se lo notaba inmediatamente: era una persona llena de Dios. Y para el mundo se convirtió en signo visible de una realidad invisible. También a través de su cuerpo destrozado por el sufrimiento de los últimos años.

A menudo bastaba mirarlo para descubrir la presencia de Dios y, así, comenzar a rezar. Bastaba para ir a confesarse: no sólo de los propios

pecados sino también de no ser santos como él.

Cuando dejó de caminar y, durante las celebraciones, se volvió totalmente dependiente de los ceremonieros, comencé a darme cuenta de que estaba tocando a una persona santa. Tal vez hacía irritar a los penitenciaros vaticanos cuando, antes de cada celebración, iba a confesarme, siguiendo un imperativo interior y sintiendo una fuerte necesidad de ello. Tenía necesidad de recibir la absolución para estar junto a él. Cuando se está junto a una persona santa, cuando el hombre de algún modo toca la santidad, esta se irradia en toda la persona. Pero, al mismo tiempo, se experimenta sobre la propia piel también la tentación: evidentemente al espíritu maligno no le gusta el aire de santidad. Cuando, hacia las tres de la madrugada, salí del apartamento del Palacio Apostólico, en Borgo Pio había una multitud de gente: caminaba en el silencio más recogido. El mundo se había detenido, se había arrojado y había llorado.

Estaba quien lloraba sólo por el hecho de haber perdido a una persona amada y luego volvía a casa así como había venido. Y estaba quien, a las lágrimas exteriores, unía las interiores, que surgían del sentirse inadecuados e infieles frente al Señor. Este llanto era bendito. Era el comienzo del milagro de la conversión. En todos los días sucesivos, hasta el funeral del Papa, Roma se convirtió en un cenáculo: todos se comprendían, aún si hablaban lenguas diversas.

Estuve en contacto con el Papa por siete largos años: durante su vida, pero también cuando su alma se separó del cuerpo. En el momento de la muerte quedaron con nosotros sólo los restos mortales que se transformarán en polvo: el cuerpo se desvanece y la persona es acogida en el misterio de Dios.

Entre las tareas de los ceremonieros está también la de encargarse del cuerpo del Papa difunto. Lo hice por siete largos días, hasta el funeral. Poco después de su muerte, vestí a Juan Pablo II junto a tres enfermeras que lo habían seguido por largo tiempo. Si bien ya había transcurrido una hora y media del deceso, ellas continuaban hablando con el Papa como si

## Texto de la semana



estuviesen hablando al propio padre. Antes de ponerle la sotana, el alba, la casulla, lo besaban, lo acariciaban y lo tocaban con amor y reverencia, precisamente como si se tratase de una persona de familia. Su actitud no manifestaba sólo la devoción al Pontífice: para mí representaba el tímido anuncio de una beatificación cercana. Tal vez es por esto que no me he dedicado nunca a rezar intensamente por su beatificación, desde el momento en que ya había comenzado a participar.

Cada día celebró la Eucaristía en las Grutas Vaticanas. Observo cómo los empleados de la basílica y todos aquellos que se dirigen al trabajo en los diversos dicasterios y oficinas del Vaticano, los ger-dames, los jardineros, los choferes, comienzan la jornada con un momento de oración frente a la tumba de Juan Pablo II: tocan la lámpa y le dan un beso. Y así todas las mañanas.

Desde el 2000 el Papa había comenzado a debilitarse cada vez más. Tenía grandes dificultades para caminar. Preparando el gran Jubileo con el arzobispo Piero Marini, esperábamos que al menos pudiese abrir la puerta santa. Era casi imposible pensar en el futuro. Mientras me encontraba en las montañas polacas, una vez escuché esta afirmación: "Todavía no nos conocemos porque no hemos sufrido juntos". Con monseñor Marini participamos por cinco largos años en los sufrimientos del Papa, en su heroico combate consigo mismo para soportar el sufrimiento. Me vienen a la mente las palabras del salmo 51: "Purifícame con el hisopo y quedaré limpio", que se pueden entender también así: "Tócame con el sufrimiento y seré puro".

Estar con Juan Pablo II quería decir vivir en el Evangelio, estar dentro del Evangelio. En los últimos años del servicio junto a él me di cuenta de que la belleza está siempre ligada al sufrimiento. No se puede tocar a Jesús sin tocar la cruz: el Pontífice estaba tan probado, se puede decir martirizado por el sufrimiento, pero tan extraordinamente bello, en cuanto que con alegría ofreció todo esto que había recibido de Dios y con alegría restituyó a Dios todo lo que de El había tenido. La santidad, de hecho, - como decía la Madre Teresa de Calcuta - no significa sólo que nosotros ofrecemos todo a Dios sino también que Dios toma de nosotros todo aquello que nos ha dado. El atleta que caminaba y esquiaba en las montañas ahora había dejado de caminar; el actor había perdido la voz. Poco a poco se le había quitado todo.

[continúa en la página siguiente]

Martes 3	19:00	Funeral por María Escobano Alcaraz
Miércoles 4	19:00	1er Aniversario de Martín Sandovál
Viernes 6	20:00	Funeral por Eurdina Sánchez de la Barrera
	19:00	Funeral por Mariano de Blas Redondo
	20:00	Funeral por Benjamín-Lewis Young

Martes 3	19:00	Funeral por María Escobano Alcaraz
Miércoles 4	19:00	1er Aniversario de Martín Sandovál
Viernes 6	20:00	Funeral por Eurdina Sánchez de la Barrera
	19:00	Funeral por Mariano de Blas Redondo
	20:00	Funeral por Benjamín-Lewis Young

Palabra del Señor

<b>Lunes</b>	2	San Atanasio
<b>Martes</b>	3	Santos Felipe y Santiago
<b>Miércoles</b>	4	San José María Rubio
<b>Jueves</b>	5	Ntra. Sra. de Gracia
<b>Viernes</b>	6	Sto. Domingo Savio
<b>Sábado</b>	7	Ntra. Sra. de la Victoria

<b>Lunes</b>	He 4:23-31 / Sal 2 / Jn 3:1-8
<b>Martes</b>	1Cor 15:1-8 / Sal 18 / Jn 14:6-14
<b>Miércoles</b>	He 5:17-26 / Sal 33 / Jn 3:16-21
<b>Jueves</b>	He 5:27-33 / Sal 33 / Jn 3:31-36
<b>Viernes</b>	He 5:34-42 / Sal 26 / Jn 6:1-15
<b>Sábado</b>	He 6:1-7 / Sal 32 / Jn 6:16-21

<b>Lunes</b>	2	San Atanasio
<b>Martes</b>	3	Santos Felipe y Santiago
<b>Miércoles</b>	4	San José María Rubio
<b>Jueves</b>	5	Ntra. Sra. de Gracia
<b>Viernes</b>	6	Sto. Domingo Savio
<b>Sábado</b>	7	Ntra. Sra. de la Victoria